

La luz, elemento singular de la Semana Santa cartagenera

Comunicación seleccionada y leída en el XVIII Encuentro Nacional de Cofradías y Hermandades de Semana Santa celebrado en Jerez de la Frontera (Cádiz) durante los días 29 y 30 de septiembre y 1 y 2 de octubre de 2005.

Las cofradías pasionarias comenzaron a resurgir en toda España, en el tránsito del siglo XIX al XX, debido a los cambios sociales producidos como consecuencia de la Revolución Industrial y el ascenso de la nueva burguesía, que modificaron la manera que los españoles tenían de entender el hecho religioso y la religiosidad. Hasta el punto de que, en Sevilla, según Carlos Colón, po-



dríamos hablar de "una refundación cívico-romántica de la que había sido gran fiesta barroca y religiosa de la ciudad"¹. Un fenómeno al que no fueron ajenas la jerarquía eclesiástica, interesada en utilizar la revitalización de las procesiones para recristianizar la sociedad y fomentar la piedad popular², ni tampoco las autoridades locales, que vieron en la recuperación de las cofradías una manera de atraer a sus respectivas ciudades un turismo entonces incipiente, como recogía muy bien la prensa cartagenera de finales del XIX: "... es preciso hacer procesiones, pero con lujo para atraer a multitud de forasteros. Si no se tiene este requisito es como si no se hicieran"³.

Estos cambios hicieron que los desfiles procesionales perdieran su sentido primitivo: el de mover a los fieles a la devoción; y que surgiese un nuevo concepto de procesión que podríamos denominar: "procesión-espectáculo". Lo que obligó a las cofradías a emprender una serie de reformas, que terminaron condicionando la propia estética de las procesiones, con el fin de competir con otras ciudades por el público foráneo. Esto tuvo su reflejo, en Cartagena, en el uso temprano que se hizo de la luz eléctrica en los cortejos pasionarios, que terminaría convirtiéndose, junto al exorno floral de los tronos y al orden, es decir, la manera ordenada de caminar los penitentes al unísono,

en una de las señas de identidad de sus procesiones. Además, este empleo de la luz eléctrica influyó en la evolución de una tipología concreta de trono, conocida como "trono de estilo cartagenero", y en la transformación de los hachotes en piezas singulares de orfebrería, que sustituyeron a las antiguas hachas de cera que antaño portaban los llamados hermanos de luz.

La utilización de la luz eléctrica como un recurso para renovar la estética de las procesiones cartageneras no fue producto de la casualidad. A finales del XIX, Cartagena vivía un momento de apogeo, debido al auge de la minería y a la reconstrucción de sus edificios tras el período cantonal, y pronto arraigaron en ella las nuevas propuestas estéticas del modernismo. Y la luz era un tema muy modernista, especialmente por ese poder de seducir el espectador al transformar la noche en una especie de día fantasmagórico, repleto de magia y encantamientos⁴. Pero, también todas las culturas antiguas, incluyendo la cristiana, han recurrido a la luz como una alegoría de lo divino. "Yo soy la luz, del mundo él que siga mis pasos no caminará entre tinieblas", podemos leer en el Evangelio de San Juan. Por tanto, el nuevo uso de la luz en las procesiones cartageneras no era una



1 Colón, C. *Restauración de España, reinención de Sevilla: la época de Rodríguez Ojeda (1853-1930)*. En: Juan Manuel, el genio de Rodríguez Ojeda. Sevilla, 2000, pág. 13
2 Urrea, J. *Conservación y exposición de los pasos en el museo*. En: Pasos restaurados. Museo Nacional de Escultura, Valladolid, 2000, pág. 19
3 EL ECO DE CARTAGENA, 24 de febrero de 1899

4 Pérez Rojas, FJ. *Cartagena 1874-1936 (Transformación urbana y arquitectónica)*. Murcia, 1986, pág. 53



simple cualidad estética más, sino que se convertía en un elemento singular dotado de una significación profunda, en una sociedad finisecular ávida por impregnarse del espíritu de la modernidad.

La electricidad en las procesiones cartageneras fue empleada por primera vez en la Semana Santa de 1897, la noche del Miércoles Santo, en el trono de la Virgen del Primer Dolor que presentó un nuevo encendido, combinando el alumbrado tradicional, a base de cera, con el de las lámparas incandescentes, aunque ya, en 1891, se había probado sin éxito en el trono de la Santa Agonía⁵. Sin embargo, los primeros ensayos para renovar la iluminación de los tronos, con el fin de adaptarla a los nuevos postulados estéticos, que se iban afianzando en la ciudad, se remontaban a unos años atrás. En 1883, el trono de Nuestro Padre Jesús Nazareno ya salió iluminado, en las procesiones del Viernes Santo, con gran profusión, al ir adornado con cuatro candelabros que portaban un total de 96 bombas de luz⁶, y abría un camino que culminaría en la década siguiente. Pero, las indagaciones de los cofrades no se ciñeron sólo a la búsqueda progresiva de una mayor luminosidad, sino que también se preocuparon por lograr efectos novedosos en los tronos. Así, en el año 1879, la Virgen del Primer Dolor estrenó un nuevo trono, diseñado por el arquitecto Carlos Mancha y realizado por el escultor Francisco Requena, cuyo cuerpo inferior iba decorado con trans-

parentes⁷. Una especie de vidrieras iluminadas desde el interior, que producían unos juegos de luces muy del gusto de la época.

Una vez implantada en los tronos, la electrificación de la Semana Santa cartagenera se extendió a los antiguos hachotes de cera. El sistema, ideado en 1911 por José López-Pinto, más tarde Hermano Mayor de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, era muy sencillo y consistía simplemente en una línea eléctrica portátil, que se iba conectando y desconectando progresivamente, conforme avanzaba el cortejo, al tendido fijo instalado en las calles por donde pasaba la procesión. En 1920 era ya empleado por todos los tercios, constituidos por dos hileras ordenadas de capirotos delante de un paso, que desfila-

laban en Cartagena⁸. Esto tuvo dos consecuencias inmediatas. Por un lado, los penitentes se vieron abocados a



5 Egea Bruno, PM. *El siglo XIX*. En: Las cofradías pasionarias de Cartagena. Murcia, 1991, pág. 349

6 EL ECO DE CARTAGENA, 26 de marzo de 1883

7 Manuel González. *Nuestras procesiones de Semana Santa (V)*. EL ECO DE CARTAGENA, 12 de abril de 1879

8 EL NOTICIERO, 19 de abril de 1943



**Centro Deportivo
DERYON**

C/ Soldado Rosique (Particular), n.º 5
Teléfono 968 522 558

DERYON

30205 CARTAGENA

caminar entrelazados por los cables y, para paliar los inconvenientes que esto suponía, tuvieron que aprender a caminar acompañados, facilitando así la introducción de ese orden tan característico de las procesiones cartageneras. Algo que se hizo costumbre y, cuando comenzaron a eliminarse los cables, en la década de 1960, al sustituirse el sistema de iluminación por pilas y baterías, los tercios mantuvieron, con sus distintas peculiaridades, como uno de sus rasgos distintivos⁹. Por otro, la electrificación de las procesiones obligó a disimular los transformadores, conocidos popularmente como "carros bocinas", que se distribuían de manera estratégica dentro del cortejo. Nombre que, probablemente, derivaba de las grandes bocinas que antiguamente se intercalaban entre los tercios de penitentes¹⁰. Además de ser una necesidad, estos carritos, cuyo aspecto conocemos a través de viejas fotografías, convertidos en pequeñas carrozas adornadas con juegos de luces y flores, contribuían a crear una estética totalmente renovada de las procesiones cartageneras. Una vez perdida su utilidad, tanto práctica como estética, la mayoría de ellos desaparecieron en las primeras décadas del siglo XX, aunque algunos sobrevivieron transformados en pequeños tronos, como el del Santo Cáliz, que abre todos los cortejos de la Cofradía del Nazareno, y el del Ángel de la Pasión, que precede el paso del tercio de San Juan Evangelista de la Cofradía del Prendimiento.

La aplicación de la electricidad como único sistema de alumbrado de la procesión condicionó no solamente la evolución del propio cortejo, al que impuso un nuevo ritmo mucho más acompañado y la aparición de unos elementos novedosos: los "carros bocinas",



sino que también influyó en la manera de presentar los tronos y los hachotes, que terminaron transformándose.

En el último tercio del siglo XIX, los tronos cartageneros comenzaron a evolucionar en altura. La Cofradía del Nazareno, en 1872, estrenó dos nuevos tronos, para las imágenes de San Juan Evangelista y Santa María Magdalena, con dos cuerpos bien definidos, uno alto y estrecho superpuesto a otro mucho más ancho¹¹. Esto permitía no sólo elevar la imagen, sino que también resaltaba la luminosidad del paso, pues se presentaban ante el espectador como una especie de candelero gigante avanzando en la noche. Poco después, en 1879, se potenció ese efecto en los nuevos tronos de San Juan Evangelista y la Virgen del Primer Dolor, estrenados ese año por la Cofradía del Prendimiento¹². De manera que los nuevos tronos, configurados al igual que los anteriores mediante la superposición de dos cuerpos elevados, según las crónicas de la época, tenían: "...

⁹ Huertas Amorós, A.J. *Mater californica*. Murcia, 2004, pág. 89

¹⁰ López Martínez, J.F. *Configuración estética de las procesiones cartageneras*. Cartagena, 1995, pág. 101

¹¹ Ortiz Martínez, D. *De Francisco Salzillo a Francisco Requena: la escultura en Cartagena en los siglos XVIII y XIX*. Murcia, 1998, págs. 184 y 185

¹² González, M. *Nuestras procesiones de Semana Santa (V)*. En: EL ECO DE CARTAGENA, 12 de abril de 1879

COMUNICACION
Ziclo

GRABADOS

ROTULOS

SERIGRAFIA

TAMPOGRAFIA

REGALO PUBLICITARIO

Avda. Luxemburgo, parc. 55 - Pol. Ind. Cabezo Beaza - 30395 CARTAGENA

Tif.: 968 08 31 33 - Fax: 968 50 02 41

un golpe de vista verdaderamente sorprendente¹³. Así, en referencia al de San Juan, se podía leer en los periódicos: "... de estilo enteramente nuevo, en él se ven hermanados admirablemente los primores del arte y lo más exquisito del buen gusto"¹⁴. Comentarios que no dejan ninguna duda sobre el impacto que causaron estos tronos. Posiblemente, era esa conjunción de arte y buen gusto, recogida en la prensa, lo que resultaba sorprendente. Si considerásemos la referencia al arte como una alusión a las peanas, decoradas con ricas tallas de madera dorada y policromada, contrapuesta a la del buen gusto, es decir, a las ocho cartelas, situadas en las cuatro esquinas de los dos cuerpos, adornadas con delicadas flores y abundantes bombas de luz, nos encontraríamos en estos tronos, con independencia de los cuerpos, dos zonas completamente diferenciadas: una central, formada por las tallas de madera, y otra externa, constituida por las cartelas destinadas, además de alumbrar, a servir de soporte para las flores. De esta forma, el trono propiamente dicho se presentaba ante el público envuelto en una especie de aura fantástica, configurada a base de juegos de luces y flores, muy al gusto

de las modas de momento, que además, como si se tratase de un encantamiento, desaparecía al terminar la procesión, cuando los tronos se apagaban y se despojaban de flor. Fue en uno de estos tronos, como ya se ha comentado, donde se introdujo por primera vez la iluminación eléctrica en la Semana Santa de Cartagena a finales del XIX. A lo largo de todo el siglo siguiente, los cofrades transformarían estos tronos, conocidos como de "estilo cartagenero", en auténticas ascuas de luz. Forma en la que han llegado hasta nosotros.

La singularidad de la luz en las procesiones cartageneras



generas fue ya reconocida en la década de 1930 por el cineasta José Val del Omar, miembro de las Misiones Pedagógicas, un proyecto cultural de la II República Española, destinado a difundir las costumbres y tradiciones del país. El autor recogió con su cámara una serie de secuencias, la noche del Miércoles Santo de 1935¹⁵, en las cuales la luz del cortejo, entremezclada con los reflejos de la luna sobre el agua, se transforma en la única protagonista del film. Crea así unas imágenes plenas de modernidad que en algunos momentos llegan a rozar la abstracción.

13 *Ibidem*

14 *Ibidem*

15 Val del Omar y las Misiones Pedagógicas. Murcia, 2003, págs. 124-125

BODEGAS

Antonio Pérez



SERVICIO A DOMICILIO

Ramón y Cajal, 28 Telf. 968 528 658
(frente al Parque de Automovilismo de Marina)

Ramón y Cajal, 65 Telf. 968 517 464

Centro Comercial Cénit Telf. 968 121 515

CARTAGENA

¿TIENE PROBLEMAS DE AGUA? ¡¡¡CONSÚLTENOS!!!

- Estudiamos su finca y marcamos su pozo
- Agua en 24 horas
- Perforaciones en todos los diámetros
- Rotoperforación y percusión hasta 500 m



GARANTIZAMOS NUESTROS TRABAJOS

SONDYTEC, S.L.

Telf. 639 848 935

La luminosidad conseguida en los llamados "*tronos de estilo cartagenero*" también influyó en la manera de presentar el resto de los que componían las procesiones. Los otros tronos, destinados a portar grupos de imágenes que representan escenas de la Pasión, pese a tener una estructura mucho más clásica, formada por una simple peana de madera más o menos decorada, en la década de los años cuarenta del pasado siglo, se modificaron iluminando el interior de sus tallas barrocas con pequeñas bombillas de colores, que le dieron un aspecto totalmente diferente, al tratar de emular en cierta manera a los tronos cuajados de luces que habían fascinado a los cartageneros unas décadas atrás.

Otra consecuencia de la electrificación de las procesiones cartageneras fue el cambio experimentado por los hachotes. Su origen eran unas velas cortas y gruesas, a la manera de las utilizadas en los buques de guerra para hacer las señales, que portaban los penitentes durante las procesiones en el siglo XVIII. Posteriormente, en el XIX, se transformaron añadiéndole a la vela un pie de madera que facilitaba el desfile, y más tarde, ya en la segunda década del XX, se sustituyeron los cirios por bombillas, cuando se pasó a utilizar, para iluminar la procesión, el sistema de alumbrado eléctrico descrito previamente.

Tras la Guerra Civil, coincidiendo con la reconstrucción del patrimonio cofrade, las características de los hachotes comenzaron a evolucionar. Entonces, dejaron de ser simples soportes de puntos de luz e incorporaron nuevas cualidades materiales y estéticas que los convirtieron en pequeñas obras de arte. En los hachotes del tercio de la Santa Cena, realizados en 1942 en la "Casa Fuster" de Valencia¹⁶, podemos observar ya estos cambios. Aquí, la luz ya no es el motivo central de los hachotes, sino que es un elemento secundario subordinado al diseño de la pieza de orfebrería, que además se proyecta sobre los capucos de los penitentes y pasa a integrarse en el propio vestuario.

El proceso de renovación de los hachotes culminó en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, cuando la manera de desfilan los tercios al paso, el orden, al que ya hemos hecho alusión, se convierte en el principal valor de las procesiones cartageneras y, por tanto, todo lo que concierne al tercio propiamente dicho, incluyendo los hachotes, pasó a ser objeto de interés prioritario para los procesionistas. En esa época aparecieron algunas tipologías de hachotes que alcanzaron gran popularidad y se repetirán en todas las cofradías. Es el caso de los hachotes en forma de capilla, cuyo ejemplo más antiguo es el de la Coronación de Espinas, fabricado en 1963 en el taller valenciano de José David¹⁷, o aquellos otros en los que la base adquiere un gran desarrollo, cuyo prototipo fue el del tercio de San Pedro Apóstol, realizado 1966 por la "Casa Orrico" de Valencia¹⁸, según el diseño de Miguel Fernández Rochera, que utilizó como base una reproducción de la cúpula de San Pedro del Vaticano invertida, sobre la que se disponen unos pequeños querubines alternado con bombillas de colores y en el centro un haz de luz rematado por las armas pontificias. Esta nueva decoración de los hachotes se impuso no sólo en los tercios que desfilaban de noche, sino que también la Cofradía del Resucitado, a pesar de procesionar por la mañana, sustituyó los pequeños estandartes que originariamente llevaban sus penitentes por estos "hachotes", aunque sin iluminar, como una manera de aproximarse a la estética de las otras procesiones de la ciudad.

La utilización temprana de la luz eléctrica en las procesiones de Semana Santa de Cartagena se convirtió en el motor de una serie de cambios, que terminaron configurando no sólo la apariencia externa de la procesión, sino también su propio concepto. Así, los cofrades cartageneros hoy desfilan como recita el salmo: "*la lámpara para sus manos, la luz en su camino*" (Sal 119, 115).

Ángel Julio Huertos Amorós

16 Hernández Martínez, A. *Santa Cena. Oro viejo de pasión californiana*. Cartagena, 2004, pag. 81

17 *Luces de Pasión California*. Cartagena, 2005

18 Agüera Ros, J.C. *Pedro Marina Cartagena*. Cartagena, 1982, pág. 26

